

CARTAS DESDE LES GRANGES

Marcel Légaut ⁽¹⁾

SUMARIO

Introducción

Carta-circular del abate Gaudefroy, 16 de febrero de 1945

Primera carta de Les Granges, 21 de enero de 1945

Segunda carta de Les Granges, 25 de enero de 1945

Tercera carta de Les Granges, 29 de enero de 1945

Cuarta carta de Les Granges, 31 de enero de 1945

Quinta carta de Les Granges, 2 de febrero de 1945

Sexta y última carta de Les Granges, 2 de febrero de 1945

Anexo 1. Intervención de M. Légaut en el Retiro de Montmartre,
30 de diciembre de 1945 ⁽²⁾

Anexo 2. Carta de M. Légaut, marzo de 1950

⁽¹⁾ Estos documentos se publicaron por Xavier HUOT en el *Cahier* n° 7, *Marcel Légaut ou le rêve d'une communauté*, sin fecha, pp. 42-72 y 78-81 y en otro *Cahier* aparte, de octubre de 2016, titulado *Les lettres des Granges - 1945*. Anteriormente, en abril de 1997, Thérèse DE SCOTT había hecho una edición privada en Marsanne. Conservamos la numeración de párrafos de esta primera edición.

⁽²⁾ Transcripción de las Notas de Georgette PASQUIER.

INTRODUCCIÓN ⁽³⁾

Con cuarenta años, Marcel Légaut se fue a vivir como pastor y campesino en las montañas del Alto Diois. Fue en noviembre de 1940, cuatro meses después de la desmovilización y un mes después de casarse con Marguerite Rossignol. Cuatro años más tarde, a finales de 1944, ya casi terminada la guerra y habiendo dejado claramente la Universidad un año antes, Légaut quiso volver a conectar con el grupo que había durado dieciséis años y que se dispersó con la Guerra. Quería explicar su cambio, que había sorprendido a bastantes, y proponerles continuar como grupo pero de otra manera. Había planeado viajar de Lyon a París el 21 de enero, pero no pudo hacerlo porque el invierno había sido duro, el carbón estaba bloqueado en los puertos fluviales por estar helados los canales y los viajes en tren se habían suspendido. Entonces optó por escribir seis cartas desde Les Granges. El padre René d'Quince se encargó de copiarlas y reproducirlas y el abate Christophe Gaudefroy, de distribuirlas por correo. Fechadas entre el 21 de enero y el 2 de febrero de 1945, el intervalo entre carta y carta es de unos tres días, aunque el abate Gaudefroy, en su Circular del 16 de febrero, anuncia que las enviará cada quince días por razones prácticas. Escritas en el frágil papel de la posguerra, el texto completo son unas cuarenta páginas.

Las Cartas permanecieron inéditas aunque Légaut las mencionó en uno de los libros-entrevista en los que le preguntaron sobre su vida ⁽⁴⁾. De hecho, circularon y se comentaron entre los interesados en profundizar en su vida y en su

⁽³⁾ Condensación actualizada de una "Advertencia" de Thérèse de Scott escrita en 1997, hecha por Domingo Melero Ruiz.

⁽⁴⁾ Ver: *Patience et passion d'un croyant*, Centurion 1976, Desclée de Brouwer, 1988.

obra ⁽⁵⁾. No obstante, pese a la insistencia de algunos, Légaut no se animó a publicarlas ya cerca del final de su vida, primero, porque se sentía lejos del clima espiritual e intelectual que las había originado y, segundo, porque veía que muchas alusiones, evidentes para el destinatario de entonces, habrían requerido de algunas explicaciones.

Por nuestra parte, en este tercer año de los *Boletines*, nos hemos decidido a traducirlas y publicarlas. La razón es que, aunque se nos escapen algunas cosas, estas cartas forman parte de la prehistoria de la obra de Légaut cuyo comienzo podemos situar en *Trabajo de la fe*, en 1962 ⁽⁶⁾. Hay un ímpetu de pensamiento y una carga emocional en su estilo que son especiales y que confieren un acento único a estas cartas, aunque sea en medio de un hablar religioso propio del cristianismo de aquella época y que por eso nos puede sonar antiguo. Pese a esto, las cartas incluyen muchos párrafos que merecen leerse por la lucidez del autor sobre sí mismo y sobre su vida de los años 30. Por otra parte, permiten adivinar los temas, las distinciones y los términos con los que luego tejerá sus libros.

Las tres primeras cartas intentan explicar el giro de su vida, su paso de ser líder célibe del grupo a ser una persona con vida privada, con familia y con una vida alejada de la ciudad y de la enseñanza. Dejar París había implicado dejar a los compañeros y por eso escribir suponía dirigirse a quienes se habían sentido desconcertados y abandonados. Las tres cartas siguientes amplían esta perspectiva.

⁽⁵⁾ Ver Thérèse DE SCOTT: *Marcel Légaut: l'œuvre spirituelle*, Aubier, 1984. Ver Domingo MELERO, "A propósito de «La llamada apostólica»" *Cuadernos de la Diáspora* 16, Madrid, AML, 2004, pp. 167-234. Versión revisada en: https://sumadepoquedades.com/paginas/ensayos_legaut/

⁽⁶⁾ Marcel LÉGAUT, *Travail de la foi*, Paris, du Seuil, 1962 (la edición más reciente de TF es de DDB, 2008). En español, *Trabajo de la Fe*, Valencia, AML, Valencia, 1996 (ed. agotada) y AML, Madrid, 2020.

Prolijas a veces, pero cuidadosamente escritas, Légaut señala ya las razones de la debilidad y del poco arraigo de la vida espiritual cristiana en el sujeto, cosa que él mismo experimentó debido, por ejemplo, a la confusión entre fe y creencia en unas creencias, al predominio de lo general e ideológico, al hecho de que, como la doctrina, la obra de Dios y la Iglesia o el grupo fuesen más importantes que la búsqueda espiritual apreciada por sí misma y no por otro interés, individual o colectivo.

En las Cartas desde Les Granges ya se perfila una mirada que quiere ser real sobre la vida espiritual pues Légaut no se contenta con hacer un balance de lo realizado ni con formular cómo debería ser el futuro. Se centra en lo difícil: en expresar el presente y en descifrar y vislumbrar en él las posibilidades de un segundo comienzo tanto para su vida como para la del grupo, la sociedad y la Iglesia. Como es normal, su lenguaje lleva la marca de su tiempo; aparte de lo confesional, expresa una admiración y un aprecio por la tradición campesina y por la tradición misionera según las veía entonces. Y tampoco debe sorprendernos su insistencia en una especie de examen de conciencia ante la derrota y el fracaso pues tal era el ánimo de muchos dadas las secuelas de la guerra. En una primera lectura, quizá parezca que Légaut busca defender sus opciones. Por eso las enmarca dentro de un elogio de la vida rural y de las tradiciones perdidas; algo en lo que algunos ven un eco de la ideología del primer gobierno de Vichy. Sin embargo, las Cartas, leídas al cabo del tiempo y desde fuera del contexto francés más inmediato, sugieren una esperanza que busca expresarse en tiempos de incertidumbre y de desconcierto, cuando es fácil criticarlo todo y claudicar. Su tono busca recordar a los amigos que son “herederos de una labor inmensa” si se convierten en “obreros de un porvenir sin fin” (7) y si profundizan en su carencia de ser, sobre todo ante el otro.

(7) *Plegarias de hombre*, AML, 2017, p. 42 (fr. Pd'h, 1984, pp. 55-56).

Completaremos la edición de las seis Cartas con dos Anexos. El primero serán las notas de una oyente del retiro en Montmartre celebrado a finales del mismo año, del 27 al 31 de diciembre ⁽⁸⁾. Primero habló el P. d'Ouince y luego M. Légaut, que concluyó con una confesión: que no se consideraba necesario para el grupo y que había comenzado otra etapa. Pero, ¿fue esto una despedida? Parece ser que no porque, en el verano siguiente, algunos se reunieron en Les Granges para hilvanar cómo formar y reforzar, a través de los responsables, los grupos de París y de provincias. Para hacerlo, tuvieron presente la pregunta de por qué seguimos siendo cristianos, tan querida de Légaut y que era eco del impacto del libro *Francia, ¿país de misión?* de los abates Godin y Daniel. Dicho libro, publicado tres años antes ⁽⁹⁾, estaba en la línea del Manifiesto de 1905 de M. Portal y del P. Laberthonnière, cuya perspectiva cultural era más amplia ⁽¹⁰⁾, y se hacía eco de todo lo que condujo a que diera comienzo la experiencia de los sacerdotes obreros ⁽¹¹⁾. El segundo Anexo será otra carta de Légaut, fechada en 1950, es decir, casi contemporánea de los primeros textos que luego se recogerían en *Trabajo de fe*. Esta carta tiene un horizonte diferente. Légaut ya está comenzando la prolongada reflexión que veinte años después

⁽⁸⁾ Ver el Anexo I. Una carta de invitación del 30 de septiembre de 1945 informa que algunos amigos se reunieron en verano, en Les Granges para preparar el Encuentro.

⁽⁹⁾ Paris, du Cerf, 1943

⁽¹⁰⁾ Ver el texto del Manifiesto en: Fernand PORTAL, *Refaire l'Église de toujours*, París, Nouvelle Cité, 1977, pp. 84-103. Ver una presentación del mismo en: Domingo MELERO, "Monsieur Portal y el Manifiesto de 1905", *Cuaderno de la diáspora* 15, Madrid, AML, 2003, pp. 147-169.

⁽¹¹⁾ Poco después de la publicación del libro de los dos capellanes jocistas, comenzó la "Misión de París" y la experiencia de los sacerdotes obreros, apoyada por un grupo de dominicos, entre ellos el padre M.-D. Chenu, y propiciada por el Cardenal Suhard, cuya carta pastoral de 1947, "¿Auge o decadencia de la Iglesia?", fue importante. Ver Roger AUBERT, *Nueva Historia de la Iglesia V, La Iglesia de 1848 a nuestros días*, Madrid, Cristiandad, 1977, pp. 515-516.

se expresará en los dos tomos de «El cumplimiento humano», es decir, *El hombre en busca de su humanidad e Introducción a la inteligencia del pasado y del porvenir del cristianismo*.

Así se completa un ciclo básico. Desde los recuerdos complejos de un pasado común de casi veinte años (1920-1940), pasando por un segundo comienzo para él y para el grupo, que incluía una ruptura y un desarraigo tan elegidos como inevitables por estar orientados hacia una obra necesaria: su escritura y la cohesión del nuevo grupo de los mayores que, después de unos veinte veranos en Les Granges, se establecerá en La Magnanerie de Mirmande. Estas Cartas son un documento que contiene algunas de las raíces y de las claves de este recorrido.

Circular del Abate Gaudefroy

París, 16 de febrero de 1945

Queridos camaradas,

Marcel Légaut iba a venir a París en enero. Muchos acudieron a escucharle el día 21 pero tuvimos una decepción: no pudo venir porque los trenes de pasajeros se habían cancelado. Lo que no pudo decirnos en persona, lo escribió en seis cartas, de las que ésta que os enviamos es la primera. Las demás seguirán con un intervalo quincenal, según nuestras previsiones actuales. Es fácil de entender que Marcel Légaut no las envíe él mismo. Las cartas deben mimeografiarse y se necesita papel, material escaso hoy en día. El Padre d'Ouince ha podido encontrar un poco y, gracias a la organización de la revista de la que es director, *Les Études* (15 rue Monsieur, Paris 7ème), él se va a encargar de toda la gestión material de la impresión. Por eso las cartas van a salir desde París. No tenemos suficiente papel para enviarlas a todos los compañeros del grupo, pero sí para aquellos cuyos nombres hemos

conservado. Os corresponde a vosotros buscar a los demás y hacer que lean vuestra copia. Por pequeña que sea esta edición, supone unos costes a los que no estábamos acostumbrados antes. Nosotros mimeografiábamos las meditaciones después de mecanografiarlas. Teníamos espacio y muchas manos. Esperamos recuperar la mayor parte de nuestros gastos si todos los que quieren recibir las cartas nos envían 40 francos. La forma de pago es indiferente. Recomendamos la que no nos obliga a hacer cola en la oficina de correos para recibir cada giro. Es por transferencia postal o por pago a la cuenta postal de Jacques Perret, 43 avenue de Joinville en Nogent sur Marne; cuenta de cheques postales 1392-31, París. Los que no respondan se considerará que no están interesados en esta publicación. Se trata de un primer esfuerzo para retomar contacto. Puede que esta correspondencia tenga una continuación y que incluso el grupo vuelva a cobrar vida en forma de estancias de verano similares a las de Chadeaud-Scourdois, tal como os explicará Marcel Légaut en una de sus cartas. Pero el futuro del grupo depende de nuestra fidelidad y es vuestra respuesta la que nos dirá si sigue habiendo cohesión. Podéis informar a Marcel Légaut, Les Granges, Luc-en-Diois (Drôme), a Jacques Perret o al Padre d'Ouince en las direcciones mencionadas, o a mí mismo, que os envío a todos un saludo muy afectuoso.

Christophe Gaudefroy, 27 rue Bonaparte, París 6ème

Primera carta de Les Granges

21 de enero de 1945

Queridos amigos,

1. Desde que existe nuestro grupo, cuántos compañeros han venido con nosotros. Y cuántos han desaparecido sin que

sepamos qué ha sido de ellos, sin que su ausencia sea un verdadero hueco en nuestras vidas. Los conocimos y luego los olvidamos. Nuestro encuentro fue sólo corporal. Cada uno guardó su secreto, siguió siendo un universo cerrado para el otro y continuó su trayectoria solitaria en el espacio de lo humano. Pero hay otros encuentros que cuentan para nuestra existencia más de lo que podríamos pensar porque parecen formar parte de la estructura misma de nuestro pasado, y su huella, grabada en nosotros, parece tener la eternidad de nuestras almas. Sólo éstos son dignos de este nombre. Participan en el misterio de nuestro ser. Hay que decirlo claramente: nuestro grupo está formado sólo por aquellos que han experimentado este tipo de encuentros en nuestras reuniones. Por supuesto, los demás son bienvenidos, pero siguen siendo extraños. La hospitalidad quiere que los acojamos; a menudo es un deber agradable. Pero la Verdad nos impide hacerlos nuestros y decírselo.

2. ¿No es hora de meditar este misterio que no es sólo humano cuando muchos de nosotros, dispersos, aislados, tenemos nostalgia de las horas que vivimos en el grupo antes de la guerra, horas de unión, horas pasadas juntos, digámoslo sin falsa humildad, en las cumbres del Espíritu y de la Caridad?

3. Hay encuentros que han movido nuestras pasiones, las del espíritu, las del alma; pero si no han ido más allá, ¿qué queda de ellos cuando ellas desaparecen? Encuentros verdaderos así también nos han conmovido a nosotros y ¿quién habría de escandalizarse de ello mirándolos con reservas? Pero su razón principal era otra. Esta razón saca su fuerza de lo que conviene en lo más profundo y necesario de nuestro ser. No es forzosamente lo mismo para cada uno de los que viven el encuentro. Al menos, ¿no ocurre a veces que lo que es un encuentro para una persona no lo es realmente para otra, como si el otro fuera sólo un accidente utilizado por Dios para enviarnos su mensaje, para despertarnos a su presencia? Al menos es inteligente creer que esto es

posible. En cualquier caso, dicho encuentro es una irrupción de importancia capital en nuestra vida personal más esencial. ¿Podría producirse si Dios no estuviera presente por una transfiguración muy especial?

4. A medida que avanzamos en la vida, se produce una amplia decantación en el mundo de las relaciones. Lo falso y ocasional desaparece y lo pasional se amortigua. Sólo queda el recuerdo de ciertos encuentros, aunque el tiempo los haya cubierto con su ceniza. Entonces juzgamos los encuentros por su valor y, dicho sea de paso, podemos medir la vejez de nuestra alma (o su infidelidad al Señor, ¿quién sabe?) por el hecho de que estos encuentros son más raros en nuestra edad adulta que en nuestra juventud. Estos encuentros son nuestro tesoro, un tesoro a menudo enterrado en el pasado. ¿Por qué tienen que estar normalmente en un cofre sellado? Las largas separaciones hacen que perdamos la llave. Mil diferencias de costumbres, educación o cultura, que no son más que polvo sobre nuestros corazones, nos ocultan lo suficiente los unos a los otros como para que no nos reconozcamos. Sin embargo, siempre sabemos de fuente cierta que el reconocimiento es lo mejor.

5. Cuando vivimos en una época de división y de odio como la nuestra, en la que se blasfema de todo, estos encuentros e incluso sólo su recuerdo son quizá los únicos lugares de refrigerio y de paz que le quedan al hombre. En el gran desierto espiritual que es el mundo, comprendemos aún mejor su valor único. Comulgamos con ellos como con un viático. Cuando estos encuentros vuelven a ser posibles, nos acercamos a ellos con toda nuestra expectativa tanto tiempo decepcionada. ¿No deberíamos intentarlo todo para resucitarlos de nuevo? Sin embargo, estos encuentros son exigentes y no soportan cualquier concreción. Necesitan un entorno, un clima digno de su valor espiritual. No podemos esperar alcanzar estas condiciones favorables si, en la vida cotidiana,

estas gracias de la unión no han dado ya sus verdaderos frutos. El grupo volverá a ver sus horas más preciosas sólo si sabemos apreciar en su valor estos reconocimientos de las almas que lo constituyen. Sólo podrá revivir dichas horas si sabemos desear eficazmente las condiciones físicas y espirituales que actualmente hacen posible tales reuniones. Pero, en definitiva, nada puede hacer quien, como la higuera estéril, no ha sabido dar frutos de vida y de gracia en su momento.

6. Hermanos míos, meditemos este punto. Lo más difícil que tengo que deciros hoy aún no está dicho pero ya esto es duro. Examinémonos. ¿Por qué echamos de menos nuestro grupo? ¿Qué esperamos de su resurrección? ¿Qué deseamos? Y, en primer lugar, ¿dónde estamos cada uno en nuestra vida espiritual? Intentaré en otro momento explorar con vosotros por qué nuestro grupo necesita resucitar. ¿Estamos dispuestos a mirar para ver? Podéis estar seguros, será más doloroso para mí que para vosotros. Pero me temo que vuestros ojos sean menos penetrantes que los míos. Pidamos a Dios el valor de mirar, la gracia de ver, la fuerza de corregirnos. Porque no seamos como las moscas que chocan una y otra vez con el mismo obstáculo y que se agotan tratando de superarlo sin verlo. El grupo de mañana vivirá si evita los errores de ayer. ¿Estáis convencidos de esto? El grupo sólo vivirá si es un lugar de encuentros con la calidad que os he indicado. Entonces será de nuevo, para cada uno de nosotros y durante todo el año, un viático. Podemos llamarlo así porque nada está más cerca de la comunión con el Señor que la comunión de sus fieles entre sí.

* * *

7. Pero lo más difícil aún no está dicho, aún no está hecho. La comunión con los hermanos, para merecer este nombre, requiere que no haya ausencias voluntarias en la reunión. El Señor Jesús pudo agradecer a su Padre no haber perdido ninguno de quienes le fueron confiados. ¿Podemos decir que

todos los que hemos conocido en estos encuentros esenciales siguen siendo nuestros hermanos y que llevan la huella indeleble de estos encuentros en sus corazones como fuente de alegría? No, por mi parte, no puedo decirlo, y quizá tampoco vosotros que me leéis y que me habéis comprendido porque vosotros también os habéis cruzado con almas en vuestro camino. Pues bien, no hay resurrección posible para un alma, a fortiori para un grupo como el nuestro, si no se supera este obstáculo. ¿Y cómo conseguir esto ya que el obstáculo no está sólo dentro de nosotros? ¿Hay mayor envejecimiento o esterilidad que llevar sobre sí estas marcas huecas e imborrables de la presencia de almas que han penetrado en el santuario de la propia unidad con la gracia de Dios? Quien no conoce este sufrimiento, que es como el de la lepra –pero en el alma–, es feliz. El otro, a pesar de toda su felicidad y de toda la riqueza de su alma, no puede ser sino miserable. “Deja tu ofrenda –dice el Señor– y ve primero a reconciliarte con tu enemigo”. Sí, aunque Tú no nos lo hubieras dicho, sabríamos por experiencia que, en estas tristes condiciones, estamos alejados de Ti por todo el espesor del rechazo de nuestro hermano. ¿Qué hacer entonces, Señor?

8. En el fondo, y sin ninguna paradoja, nuestro mayor enemigo es el amigo al que hemos hecho daño, voluntariamente o no, sin saber por qué error o duplicidad. No es fácil perdonar el daño que nos han hecho. A menudo se trata de una acción sobrehumana que requiere muchos años para terminarse del todo. Más difícil aún es perdonarse a sí mismo por el mal hecho al amigo. Aquí también es cuestión de uno mismo ante su Dios. Estos males pueden curarse porque, con la ayuda de la gracia, curarlos sólo depende de nosotros. Pero, ¿cómo podemos sanar del mal que nos hace nuestro amigo al no perdonarnos realmente? Es duro escribiros esto porque es un camino que uno hace solo, sin saber si lleva a un encuentro casi sin posibilidades, pero, sin embargo, con una esperanza que la probabilidad del fracaso no puede sofocar. Es un reco-

ruido que puede ser ocasión de recibir golpes especialmente envenenados por parte de quien justo intentamos alcanzar. Es como si uno avanzara a corazón abierto contra un enemigo declarado, bien armado y acorazado, que te ve venir de lejos y que cree conocerte cuando de suyo te desconoce.

9. Pero, ¿cómo hacer lo contrario si uno no puede decidir dejar de ofrecer todo su corazón en el altar con un gesto total? Si uno siente estar apartado por una fuerza sobrehumana de la piedad de su infancia, de los absolutos de las anunciaciones que marcaron su vida para siempre. ¿Hay acaso alguna medida que sea demasiado dolorosa y demasiado arriesgada si puede tener éxito? Lo lamentable es que esta medida, por sí sola, sigue siendo insuficiente. Su éxito sólo puede provenir del encuentro imprevisible de dos almas que hacen la misma búsqueda dolorosa en la oscuridad y que, encontrándose como por casualidad, se vuelven a encontrar. Esto es tan raro como un milagro. Pero es igual de posible. La dificultad quizá no es que estos amigos separados se busquen, aunque un punto de partida así requiere mucho de cada uno de ellos y, a menudo, estos puntos de partida son bastante falsos hasta llegar a uno que sea verdadero. Hay perdones, preliminares a cualquier gestión de este tipo, que son como chispas incapaces de transformarse en una estabilidad como la de la luz pues tan pronto como brotan se extinguen.

10. Pero esto no es aún lo más difícil. Que el comienzo sea duro y doloroso, ¿no es acaso normal? Se trata aquí de penitencia y ésta comienza con sufrimiento antes de tener las alas de la alegría. Lo más difícil es que estas almas distintas son diferentes y la que busca a la otra siempre piensa primero en ella como otro él mismo. Otea en su camino y quisiera ver ya al otro. Pero esto no es más que una ilusión y un espejismo del corazón; si este alma encuentra al otro, será en la encrucijada de dos caminos, el suyo propio, que apenas conoce, y el del otro, que ignora totalmente. Sin duda la misma gracia actúa

en ambas almas, pero ambas no tienen la misma estrella en el cielo ni los mismos pasos en la tierra. ¿Quién, además, puede pretender merecer tal reencuentro después de haber fallado en la gracia que lo hizo nacer? Sin embargo, Cristo murió para que el encuentro se diese ya que se ofreció para que los hombres fueran uno. Lo que es imposible para el hombre, Dios puede hacerlo. De hecho, si el encuentro de estas dos almas se da, ya no será consecuencia de la semejanza, temporal o duradera –sólo Dios lo sabe–, de sus dos destinos, igual que la primera vez. Estas dos almas, previamente purificadas, habrán tenido que superar primero lo contingente de su vocación personal para alcanzar lo que hay en toda vocación. Sólo Dios es el lugar de su encuentro de nuevo. En el día del juicio, ante el Dios de la Verdad, las tinieblas desaparecerán y las almas se reencontrarán como las células de un mismo cuerpo. Que Dios acelere la llegada de su cuerpo glorioso. Por eso, ¿no debería Él instar a estas almas a entrar en el extremo de la sinceridad y de la lucidez del último día? Entonces brotará el rayo de la caridad que lo funde todo en sí misma. Señor, fuerza los recovecos de nuestros corazones y los pliegues de nuestras conciencias. Ningún camino es demasiado duro, demasiado doloroso o demasiado largo para alcanzar la meta, pero haz que sea cierta.

11. Sin embargo, vayamos aún más lejos en el cruel estudio de nuestro infortunado estado. ¡Qué lejos estamos de ser capaces de tales conversiones! ¡Cuán lejos estamos de poder perseverar siempre, sin caer de nuevo en la mala sensibilidad de nuestro corazón o en la aspereza de nuestra mente! Y aún cabe el rechazo absoluto del otro, siempre posible, a través del silencio o de la palabra. ¿Debemos permanecer presos de este rechazo, permanecer alejados del altar de nuestras ofrendas, del don absoluto, de la mirada directa, del puro corazón a corazón contigo, Señor? Sí, nuestro peor enemigo es el amigo que nos niega el perdón o lo concede de forma irrisoria. Pero entonces él nos hiere aún más de lo

que nosotros le hemos herido a él. Nos desea o al menos nos hace un mal peor que el que nosotros quisimos para él, pues a menudo ni siquiera supimos que se lo hacíamos. Es él quien se convierte en el enemigo que nos hace daño. Y, Señor, tú nos has enseñado a perdonarlo. Este perdón depende de mí. Su perdón, que yo esperaba, sólo dependía de él. Señor, danos la gracia suprema del perdón de los enemigos y todo se renovará en nosotros y nada nos separará de ti, como ocurría antes, cuando, sin haber pecado aún, caminábamos en el jardín de tu Amor.

12. Hermanos míos, no creáis que todo esto son palabras vacías o vanos sistemas levantados en aras de la causa. Si no las entendéis del todo, os ruego que creáis que es por no haber sufrido lo que os he escrito. ¡Ojalá no lo hayáis sufrido a causa de vuestra pureza e inocencia!

13. Por esta vez, ya os he dicho lo suficiente como para preparar mis próximas cartas, en las que os hablaré más especialmente de mí, aunque podáis pensar que con esto de ahora ya he empezado a hacerlo. Os hablaré de mí porque tengo que explicaros el abandono o, más bien, la apariencia de abandono en que os he dejado desde la guerra. Sólo cuando esto esté hecho y me hayáis entendido, podremos, inspirados aún por el espíritu de esta primera carta, hacer juntos una obra nueva que sea digna de los comienzos. No vale la pena apuntar menos alto. No sería lo que Dios espera de nosotros después de las gracias que nos hizo antaño.

Marcel Légaut

Les Granges, 21 de enero de 1945